# Todo cuidado es político. Apuntes para un acompañamiento sensible de la crianza y la educación de los niños y las niñas

Por Carolina Necco[1]

*Las almas repudian todo encierro*
L. A. Spinetta

Nadie sabe lo que es un niño o una niña. Nadie sabe lo que puede. Nadie sabe de lo que es capaz. Un niño o una niña, acaso, no es más que puro devenir. Puro devenir de intensidad.[2] ¿Alguien se atrevería a llevar sus manos al fuego para aseverar qué devela su sonrisa durante

[1] ISFD N°19, IPA -Instituto Provincial de Artística.

[2] La expresión *devenir de intensidad* conjuga líneas del pensamiento de Deleuze y Guattari. Se trata de nociones complejas, polisémicas en algún sentido, que procuran en primera instancia, trastocar regímenes del orden de lo identitario, de lo fijo, de lo predecible. En este enclave, aquello que llamamos *devenir* no se encuentra ligado al sentido ordinario de "evolucionar", de "lo que vendrá" ni siquiera a las mutaciones propias y esperables que siguen

el sueño? ¿O qué imágenes, ideas, sensaciones lo o la circulan cuando toma un objeto con su manita por primera vez? O bien, ¿qué piensa cuando contempla férreo y atónito una hormiguita andar? ¿Qué universos se trazan en sus corporalidades cuando camina, desacompasadamente,[3] dejándose cautivar por agujeros, colores, texturas, aromas, piedritas, sonidos, animales, tan nimios para la mirada adulta? Creemos saber qué es un niño o una niña, qué quiere, qué necesita; más basta adentrarnos sensiblemente en ellos y ellas, para comprender que estamos ante el más pleno desconocimiento.

¿Por qué *elige* un niño o una niña venir a este mundo? ¿Por qué *elige* hacerlo a través de esos padres y madres? ¿Por qué *elige* llamarse así? ¿Lo elige? ¿Por qué *elige* llegar a través de *ese* parto? ¿Lo elige? ¿Qué supone enunciar que un bebé *elige*? ¿De qué *consciencias* son capaces

---

al curso de la vida, comúnmente ligadas a los cambios personales, biográficos y humanos sino que muy por el contrario, el *devenir* al que aludimos se encuentra más próximo a los movimientos aberrantes de *una* vida, siempre impersonal e incluso transhumana, transanimal. Movimientos ligados al *habitar* una multiplicidad de *afectos* e *intensidades* que se (nos) imponen a *pura fuerza de vida*, no por ninguna búsqueda personal. Se *deviene niño o niña*, y en ese devenir se halla aquello que es del orden de lo inexplicable, de lo incapturable, lo inapropiable, lo imprevisto, lo indefinido; aquello que en modo alguno puede ser aprensado por el tiempo cronológico. El *devenir niño* es un bloque, un bloque de *intensidades,* de fuerzas, de *afectos*, de circulaciones de flujos, que nada tienen que ver con el Yo, con el niño (la niñez) como Identidad. Un niño es un devenir en tanto nos abre a habitar ese tiempo (sin medida) donde cada experiencia es un mundo, *una explosión de mundo*. *Devenir niños o niñas* no es imitarlos, "ni sentir que por ese instante volvimos a la infancia", que recuperamos "ese tiempo perdido" (añorado), sino que entraña una suerte de contagio, un estar siendo *poblado* (un dejarse *poblar*) por macromoléculas *niñisticas* (si se nos permiten el neologismo); un dejarse poblar por *potencias* que hacen vacilar al adulto, por (micro) percepciones que nos hacen atravesar las puertas, los umbrales de la niñez.

[3] Walter Benjamín sostenía que lo propio de la infancia es un *andar desacompasado*. Al decir de Benjamín, los niños y las niñas "caminan desacompasadamente, sin rumbo fijo, se desvían, se distraen, se tropiezan, ven cada cosa como si fuera única. Realizan cada movimiento como si fuera el que les abre la puerta de un nuevo mundo".

apenas incluso son gestados y gestadas? ¿Qué autonomías les son posibles? ¿Qué movimientos de sus flujos deseantes? ¿Por qué expresa sus dolencias de ese modo? ¿A qué sonríe? ¿Con qué se calma? ¿Qué le irrita? ¿Qué le hace reír? ¿Sobre qué se posan sus ojos? ¿Qué alcanza su mirada? ¿Qué convoca a sus sonidos?

Desde una *perspectiva ampliada*, integral, profunda, todo aquello que atraviesa a la niñez nos fuerza a entrar y habitar *el misterio*. Un niño *está ahí*, *siendo*. Está ahí, profundamente haciéndose, más bien *haecciendose*,[4] si se nos permite el neologismo*. Siempre en relación, entre relaciones.* No se nace niño o niña, ni siquiera bebé. *Se deviene, y tenemos ahí, toda una política.*

## La gestión biopolítica de cuidado del cuerpo infantil

La Infancia[5] como producción y ficción política nacida a la luz de las lógicas del capitalismo y del Estado moderno, no puede ser escindida

---

[4] Deleuze y Guattari, en *Mil Mesetas*, reservan el nombre de *haecceidad*, para hacer referencia a esos modos de individuación, de configuración, que en nada guardan relación con las nociones de persona, sujeto, sustancia. Una *haecceidad*, en tanto como *cuerpo*, "no se define por la forma que lo determina, ni como una sustancia o un sujeto determinados, ni por los órganos que posee o las funciones que ejerce". Una *haecceidad*, en tanto *cuerpo*, se define por las relaciones que traza y deja trazar, por las líneas por las que se deja atravesar, por el conjunto de los afectos intensivos de los que es *capaz*, por el *poder* de afectar y ser afectado.

[5] Usaremos la noción de *Infancia* con mayúscula para hacer referencia a aquella categoría conceptual política, económica social e históricamente construida. Entrecruzando a Ayres y a Foucault, partimos de una afirmación: la infancia nace en la modernidad en un sentido biopolítico. En este punto, la Infancia como construcción sociohistórica no puede ser escindida de las formas de gobierno económicas y políticas, que penetraron la vida de lxs niñxs y sus familias, y forjaron "su descubrimiento", su configuración y su producción desde la Modernidad. A partir del siglo XVII comienzan a producirse una serie de mutaciones sociopolíticas que permitieron el advenimiento de la Infancia como categoría y foco de interés social.

en su problematización de los macro artificios que le dieron configuración: la ciencia médica, la familia nuclear y la escuela. Desde que la conservación y el cuidado de los hijos y las hijas se tornó un *problema de Estado*, el modo en que las familias debían cuidar y atender a los niños y las niñas fue determinado por la intervención médica, que se fue afinando cada vez más, hasta llegar a la creación de la pediatría como disciplina especializada en el desarrollo infantil a fines del siglo XIX.

Ya desde el último tercio del siglo XVIII en Europa, comienza paulatinamente a proliferar una cantidad de literatura científica proveniente principalmente desde el campo médico que concebía a los niños y las niñas como tabulas rasas, recipientes vacíos, que debían ser llenados; como seres cuyos movimientos y posturas debían ser corregidos, direccionados, estimulados (Vigarello, 2005).

Los médicos publicaron para las familias burguesas una serie de obras en las que exponían consejos educativos sobre el arte de criar niños y niñas pequeños. El *saber* de las madres, de las familias, fue trastocado por el de la doctrina médica, en virtud de garantizar un nuevo orden social y público, que evitara el marchitamiento de su elite y el empobrecimiento y la muerte de su población futura. Se instala un nuevo imperativo: "el médico prescribe, la madre ejecuta" (Donzelot, 2008). En este enclave biopolítico del cuidado infantil, las prácticas de educación y crianza, se centran en hacer de "esa masa blanda", un individuo inteligente, fuerte y moral, es decir, un buen capital humano para la Nación (Colangelo, 2012).

Desde su moderno "descubrimiento", la niñez (Ayres, 1960) no ha cesado de ser intervenida por una enorme cantidad de discursos, prácticas y representaciones que forjan, producen, fabrican, crean, una subjetividad infantil que enajena, en sobradas ocasiones, a los niños y las niñas de la *infancia*,[6] en tanto *tiempo de intensidad, cuerpo intensivo*.

[6] Usaremos aquí la infancia en minúscula, para hacer referencia a aquello más ligado a la idea de *haecceidad*, a una intensidad, del orden de lo indefinible, lo incapturable, de lo que ocurre entre una relación diferencial, singular. Una *infancia* es *intensidad corpórea, un cuerpo intensivo* sin forma preestablecida, *afectado* por experimentaciones, fantasías, impulsos, memorias, saberes, consciencias, fuerzas, *y, y, y.*

El *tiempo* de la *infancia* no sabe del pasado ni del futuro. Se trata de un *tiempo germen*, *presencia present*e. Puro *germen presente*. En este sentido, quizás valga la pena mencionar que *los niños y las niñas no son la Infancia* (ni siquiera *las Infancias,* nos atrevemos a decir). Posiciones patriarcales, cientificistas y adultocéntricas que atravesaron al capitalismo tanto en su formato moderno, industrial, mercantil hasta el contemporáneo neoliberalismo, han configurado, producido, construido *Infancias. Infancia(s)* puro *Cronos*.

La(s) Infancia(s), incluso desde la vida intrauterina se torna puro *Cálculo*, puro *Capital*. La(s) Infancia(s) se mide, se pesa, se estandariza, se cuantifica en etapas, períodos, edades; se categoriza según *pautas político-madurativas* a cumplir en tiempo y forma. La *Infancia* poco importa por la emergencia de la *capacidad,* en tanto despliegue de la *potencia de obrar*, sino que solo interesa en tanto sus habilidades se *cumplan* en tiempo y forma, eficazmente.

Producciones de subjetividades infantiles *capitalisticas* y modalidades de crianza y educación concomitantes, instaladas desde la Modernidad, pretenden llevar la *infancia* y sus cuidados –de modo incesante e insistente– al lugar de lo estimulable, de lo que hay intervenir, de lo que hay que encauzar, direccionar, a fin de que se alcance el único destino que el capitalismo planea para nuestros niños y niñas: el adulto trabajador, consumidor, empresario. La gestión biopolítica del *cuerpO*[7] infantil no ha hecho más que impartir modalidades de crianza y educación adultocentristas, que procuran hacer de las prácticas de cuidado una intervención estandarizada, regulada, normalizada, dirigida, *sobre* los niños y las niñas.

---

[7] Santiago Díaz propone en sus textos "eXcrituras corporantes" y "CuerpOs" una distinción entre la noción de cuerpO y la de cuerpXs. Piensa a la primera como organismos determinados, organizados, sedimentados: "Un buen sentir común que espera sostener esa misma velocidad para no alterar ni agitar el orden, el buen orden ciudadano" (Díaz, 2017). Mientras que la idea de cuerpXs alude a la X como un proceso de entrecruzamiento heterogéneo, no únicamente de género, que da cuenta de cierta procesualidad singularizante, que se autodetermina al propio ritmo y que se fuga de los aparatos de captura y apropiación.

## Un *cuerpo* niño. Prácticas somatopolíticas: resistencias, invenciones, subversiones

Paralelamente a la instauración de los modos de gestión biopolítica del *cuerpO* infantil y sus cuidados, también existieron líneas de pensamiento y prácticas *somatopolíticas.* Gestos y modos de resistencia, que promoviendo concepciones más holísticas, enfatizaban en modalidades de crianza y educación con base en el respeto por los tiempos singulares de cada niñx, así como en un desarrollo infantil más *autónomo*.

En la actualidad van cobrando cada vez con mayor vigor nuevos paradigmas que conciben a los niños y las niñas como seres con un poderoso *inner drive*, un poderoso impulso interior que los y las guía espontáneamente hacia el despliegue de sus *potencias*,[8] en tanto existan vínculos segurizantes, amorosos y respetuosos, capaces de leer adecuadamente sus necesidades y acompañar su desarrollo sin forzamientos ni intervenciones desajustadas de la *fisiología*. Traemos aquí a la *fisiología* por considerarla una aliada, una guía maestra, exquisita, para seguir en aquellos momentos y situaciones en las cuales las tareas de cuidado, crianza y educación de los niños y las niñas se tornan nebulosas. La variable de *lo fisiológico* agrupa a los niños y las niñas en una comunidad de seres con necesidades *comunes*. Las necesidades fisiológicas son biológicas, orgánicas y se presentan en todos los seres de una misma especie, aunque el modo de resolución-satisfacción pueda tener distintas calidades de acuerdo a la cultura y el contexto sociohistórico en el que ese ser haya nacido y viva.

Dado que somos seres altriciales, necesitamos de un *tiempo prolongado* después del nacimiento y de ciertas experiencias, para que muchas de las funciones y capacidades orgánicas se desplieguen y pongan en funcionamiento. A diferencia de otros mamíferos, el tiempo de vida en

---

[8] Usamos la idea de *potencia* en el sentido spinoziano. La *potencia* se liga a lo que *un cuerpo puede*, mas somos ignorantes de esa capacidad. Nunca se sabe de antemano qué puede *un* cuerpo, de qué es *capaz*, ni cómo se organizan o "están envueltos los modos de existencia de alguien". La potencia de *un* cuerpo se despliega siempre en acto, es efectuada a cada instante.

el vientre gestante humano no nos permite completar el proceso de maduración necesario para satisfacer autónomamente nuestras necesidades fisiológicas más básicas, conforme nacemos. En el pasaje a la bipedestación, la pelvis sufrió un cambio de forma y orientación que produjo que los bebés necesiten nacer entre las semanas 38 y 42 (más/menos días) de vida gestacional. Esto sucede porque el cerebro crece conforme va madurando, de modo que si el proceso de maduración se completara durante la *interogestación* (lo cual implicaría aproximadamente nueve meses más de lo actual), el parto no sería compatible con la vida. Es decir, no sería posible parir un bebé con ese tamaño cefálico, razón por la cual la naturaleza ha preferido acortar la vida gestacional, *confiando* en que el restante tiempo necesario para completar esa maduración para el desarrollo de ciertas funciones, se dará en un periodo de *exterogestación*.

Nacemos con funciones y procesos que tienen que madurar. Hay necesidades fisiológicas muy primales que aparecen desde la vida intrauterina y hay necesidades fisiológicas, como el control de esfínteres, que aparecerán más avanzado el curso del desarrollo. También madurar es fisiológico. ¿Qué es fisiológico para un niño o una niña? Es fisiológico tener hambre, sueño, apegarse, llorar, buscar contacto, desplazarse en el espacio, comunicarse, expresarse, angustiarse, buscar calor, moverse, correr, enojarse, gritar, hacer pis, caca, controlar esfínteres...

El apego y la búsqueda de contacto táctil, visual, auditivo, olfatorio de los bebés y los niños son experiencias enraizadas en la fisiología, no en el capricho infantil. Un bebé tiene la necesidad biológica de contacto para mantenerse regulado, estable, tranquilo. Los primeros días e incluso meses de vida, un bebé requiere fisiológicamente, orgánicamente de contacto constante con sus figuras significativas, particularmente con aquella que lo gestó, para sentirse a resguardo, protegido, cuidado y satisfecho, sobre todo en situaciones como la noche, en donde las condiciones de oscuridad, entre otras, propician mayor desorganización psíquica y emocional.

Un bebé que siente sus necesidades fisiológicas satisfechas será capaz de disponer su energía para entrar en relación agradable, cómoda, placentera con el mundo y disponerse a la infinidad de aprendizajes

que le esperan en el día a día, y que multiplicarán de modo desorbitante sus conexiones neurales en el primer año de vida. En cambio, un bebé que no encuentra ésta satisfacción se desregulará con facilidad y apelará incesantemente a mecanismos de defensa, para intentar recuperar el equilibrio perdido, viéndose obligadx a dispensar energía necesaria para sus procesos de aprendizaje, de apertura a los mundos a experimentar, en resolver cómo paliar las desregulaciones sufridas.

*Seguir la fisiología* del desarrollo infantil para atender a sus necesidades primordiales no supone seguir ningún Método. Ni hacer nada extraordinario. Ni estimular nada específico. *Simplemente* se trata de *saber sensiblemente* qué requiere un bebé, un niño, para mantenerse seguro, cómodo, en calma y poder así entrar en relaciones nutritivas con lo que lo rodea. Claro que existirán periodos de desregulación, pero se trata justamente de *cuidar* que esos episodios sean cuantitativa y cualitativamente mínimos.

Un bebé al que se le deja llorar pretendiendo que por sí mismo encontrará la calma, es un bebé que segregará, en cada una de esas experiencias de soledad, cantidades alarmantes de cortisol, a fin de encontrar por sí mismo la regulación biológica que hubiese alcanzado en segundos, con una experiencia de contacto táctil, verbal, visual, olfatorio, *y, y, y*. Necesitamos saber que todo niño o niña desplegará una serie de mecanismos y conductas para poder sobrevivir, lo cual no significa que las mismas sean las más favorables para su desarrollo. Del mismo modo, vale mencionar que un bebé que pretende ser "calmado" con dispositivos tecnológicos, en realidad está siendo expuesto y forzado a desplegar un elevado nivel de alerta –catecolaminas mediante– estimulado por el brillo, las imágenes y el sonido de estos aparatos. La fisiología, decíamos, es una aliada, una guía maestra, pero *un cuerpo* no puede ser reducido a lo biológico.

Nosotros pensamos los cuidados de los niños y las niñas desde una perspectiva de *fisiología ampliada*. Un *saber hacer* que, aunque con asiento en lo fisiológico, no se deja reducir a la biología sino que, por el contrario, constela y agencia, de modo inseparable, con las líneas psíquicas, afectivas, físicas, políticas y socioeconómicas que trazan un *cuerpo*. No reducimos el *cuerpo*, ni la constitución subjetiva de un niño

o una niña, únicamente a las líneas organicistas, aquellas que intentan hacer del *cuerpo* un *Organismo*, organizar jerárquicamente la corporalidad, sino que abrimos el *cuerpo* infantil a la multiplicidad de líneas que le atraviesan, incluso cuando gran parte de ellas puedan resultarnos desconocidas, incomprensibles, inasibles.

En este sentido, lo que esperamos de un niño o una niña no queda sujeto a criterios normalizadores, estandarizados, sino que se abre a penetrar en la más *sensible singularidad*. Y al mismo tiempo, como acompañantes, no seguimos indóciles y obedientemente a las *nuevas Policías de las Familias*, que bajo argumentos biologicistas y sobre todo neurobiologicistas, procuran imponer un nuevo-único modo de criar y educar: el de la Crianza Fisiológica. Son tantas las líneas que pasan por *un cuerpo*, por *una vida*, y particularmente por la vida de un *niño* o una *niña*. ¿Bajo qué *preceptos, normas, discursos, lemas, representaciones, imperativos* buscamos capturarlas?

Una *somatopolítica* del cuidado infantil tramada en una *fisiología ampliada* entiende que *un cuerpo* desborda lo físico, lo fisiológico, lo biológico. Un *cuerpo* es siempre muchos *cuerpo*s, mas sobre todo, un cuerpo se hace, se compone (y se descompone) en relación con otros *cuerpos*. Esa dimensión política del *entre*, del espacio sutil y bombístico, de lo que acontece en el medio de una *relación*, sobre todo en su carácter de lo incierto, lo inaprensible, lo incomprensible (en muchas ocasiones), nos fuerza, entre otras cosas, a ser prudentes respecto de todo nuevo dogmatismo, toda *nueva receta*, toda nueva imposición, todo nuevo método de cómo criar, de cómo educar.

Desde una perspectiva de *fisiología ampliada* afirmamos que el desarrollo de los niños y las niñas no requiere ser estimulado,[9] sino acompañado, sostenido, cuidado, atendido. Como decíamos, todos los niños y niñas poseen un impulso interior, un impulso vital, que los y las guía

[9] La estimulación, como metodología de intervención, nace de la mano de las lógicas rehabilitadoras y normalizadoras de fines de siglo XIX. Se procuraba a través de estas prácticas, que los niños y las niñas deficientes –así se los llamaba– se equiparan a lxs consideradxs normales.

hacia la búsqueda de aquellos estímulos que necesitan y están preparadxs para procesar.

Un niño no requiere de estímulos sino de *relaciones y vínculos que devienen estimulantes*. Lo importante está en el medio, en el *entre,* en lo que acontece *entre* la relación. En esa zona de creación *lúdico-mágica*, corporal y *corporante*. Un niño estimulado no aprende a jugar sino a subsumir sus impulsos, flujos, deseos, ante la satisfacción de la persona adulta. Uno de los pilares del *acompañamiento sensible* y respetuoso es la *espera*; saber acompañar a los niños y las niñas es saber esperarlos a que estén listos para adentrarse y superar los desafíos que el desarrollo les va poniendo por delante, día a día. El desarrollo que deseamos para nuestros niños y niñas es un *desarrollo lento*, de tiempo profundo. Imagen impensable cuando no imposible, en la era de las velocidades.

Solo traigamos la imagen de un bebé contemplando un rostro: ¿cuánto *tiempo* se toma para la observación? ¿Hasta dónde llega la captura de sus ojitos? ¿Cuánto *tiempo* puede pasar un bebé explorando su manita con su boca, pasando su lengua incesantemente por cada una de sus líneas, agenciándose de su textura, de su profundidad, de su calor, de sus formas? ¿Es acaso medible esa temporalidad? Un desarrollo lento y armonioso propicia la adecuada conformación y consolidación de las redes neuronales que se van formando en los primeros años de vida y que constituyen la trama sináptica primordial, un tejido tridimensional neurológico *sagrado* para los procesos venideros. A su vez, le permitirá aprender a habitar(se) (en) las sensaciones que *experimenta*. Penetrar profundamente las intensidades que le atraviesan. Desplegar potencias en actos. Hacerse más un *cuerpo* y menos un *cuerpO*.

Entendemos[10] que la intervención adulta que favorece el desarrollo de los niños y las niñas no es la estimuladora, sino aquella *capaz* de hacer con sus "propios" *cuerpos* una envoltura amorosa, no coercitiva,

[10] Lo plural de la escritura emerge como gesto político que entiende las ideas, los pensamientos, incluso las sensaciones y los sentires como producciones siempre colectivas, es decir, abiertas a la multiplicidad de *cuerpos* que nos atraviesan y componen.

ni directiva de los procesos de vida y aprendizaje de un bebé, de una niña, de un niño. La intervención que facilita el desarrollo de los niños y las niñas no es la que pone juguetes en el piso, sino la que dispone allí sus *cuerpos*; la que se aproxima y despliega gestos que *siguen al niño*, construyendo juegos, creando mundos, espacios compartidos que abren a nuevas posibilidades, no predecibles.

Consideramos que enseñar es acompañar y que hay *un* acompañamiento posible que *sigue al niño* cuando los adultos *son capaces* de adentrarse en sus sensaciones, sus gestos, sus movimientos, sus sonidos, sus exploraciones, sus investigaciones, sus vivencias para contenerlo, sostenerlo, ofrecerle los límites necesarios, brindarle confianza en sus iniciativas, no forzarlo, no apurarlo desde afuera, ni someterlo a actividades hacia las cuales no se dispone por sí mismo. La *espera* y un *seguir al niño*, como gestos micropoliticos, somatopolíticos que desajustan todo imperativo de velocidad y adultocentrismo *capitalístico*.

Eso que llamamos *cuerpo* en los bebés, en los niños y las niñas es *un todo* (también el Todo, por momentos nos atrevemos a sentir/decir). Cada acto implica al cuerpo todo. Ninguna de sus partes queda por fuera de los acontecimientos. Pura presencia corporante. *Pleno estar siendo el habitar de lo que experiencia*. Toda una política del cuidado infantil, que interpela críticamente nuestros cotidianos gestos adultocéntricos, y propicia en los niños y las niñas un moverse en libertad más ligado a *lo sensible*[11] y menos a los manuales.

Un cuidado del desarrollo de los niños y las niñas que entraña disponerse a configurar una educación afectiva, corporal y *corporante*, capaz de ofrecer envolturas y de ser cocreadora, junto al niño, de los procesos de aprendizaje, en un entorno de respeto, contención y acompañamiento amoroso, sin olvidar que ante todo un niño está además *aprendiendo a aprender*.

*Todo cuidado es político*. Nosotrxs procuramos un *acompañamiento*

---

[11] Apelamos a lo sensible como campo epistémico a recuperar y reinvidicar. Lo sensible es tanto disposición afectiva y corporal a dejar(se) atravesar por las intensidades de lo que se está viviendo, habitando, creando.

*sensible* de las niñeces, es decir, conectado *afectivamente* con lo que los niños y las niñas necesitan, más que con lo que los adultos y la sociedad pretenden de ellos. Un acompañamiento respetuoso por sus propios ritmos y su singularidad que facilite más que dirija, que cree un campo de disposición más que de estimulación, que advierta que los niños y las niñas son seres con una profunda y sagrada consciencia de sí, sumamente activos en los procesos de aprendizaje.

Tales modalidades de cuidado se presentan y ofrecen como gestos de subversión a los imperativos homogeneizantes, normalizadores y desafectivizados; y procuran niñeces más autónomas, creativas y seguras de sí. Entendemos también que transformar los modos de gestar, de nacer, de acompañar la crianza de un niño o una niña, entraña *un* transformar, como adultos, los modos de cuidar(nos), de relacionarnos, de entrar en *registro* con lo que nos sucede, con las intensidades que nos atraviesan, con aprender a sentirlas y elaborarlas.

De igual modo sentimos que necesitamos superar ampliamente el considerar el desarrollo del niño como aquello que acontece en el ámbito familiar, en los modos singulares de maternar y paternar, sino que exige también –y, sobre todo– atender a los procesos y dispositivos sociales, comunitarios e institucionales que crían y educan, así como los procesos socioeconómicos y políticos que los circundan y atraviesan.

*Pensamos/sentimos* que transformar los modos de criar y educar a los niños y las niñas cambia el mundo. No como utopía, como aquello que se espera para un porvenir, sino en el acontecimiento, singular y potente, que se halla en la *efectuación* de mirar, sostener, contener, limitar, acompañar con amor. Con ese amor que es capaz de acoger al niño, de escucharlo, de *dejarlo aparecer*.

## Bibliografía


AYRES, J. (1998). *La Integración Sensorial y el niño*. México: Editorial Trillas.

COLANGELO, M. A. (2012). *La crianza en disputa: Medicalización del cuidado infantil en la Argentina, entre 1890 y 1930*. La Plata. Tesis de Maestría. Facultad de Ciencias Naturales y Museo.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (2006) *Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

DELEUZE, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.

DÍAZ, S. *CuerpOs*. Disponible en http://ludosofias.blogspot.com/p/ii.html.

DÍAZ, S. (2016). "EXcrituras corporantes. Cuerpxs, subjetividades antropofágicas y performances decoloniales". En *Revista ECOS*, Año 7, Vol. 2.

DONZELOT, J. (2008). *La policía de las familias*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

LIEDLOFF, J. (2009). *El concepto del Continuum. En busca del bienestar perdido.* Tenerife: Editorial Ob Stare.

MONTAGNU, A. (2004). *El Tacto. La importancia de la piel en las relaciones humanas*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

VALLE, A. (2017). *Cachorro. Breve tratado de filosofía paterna*. Buenos Aires: Hekht.

VIGARELLO, G. (2005). *Corregir el cuerpo. Historia de un poder pedagógico*. Buenos Aires: Nueva Visión.